

Pilar Rahola



El lado oscuro de la victoria

Lo habíamos previsto. Después de denunciar que esta campaña había sido deplorable, y que nadie se acordaba de Europa, mientras todos iban a la greña de sus cuitas, también fue fácil prever que todos se lamentarían, al día siguiente, del cansancio ciudadano. Ahora resulta que les pesa la abstención, y los hay que han encontrado al culpable de tamaño desafecto: los medios de comunicación. Es decir, haciendo suyo el clásico “lejos de mí cualquier culpa”, buscan disparar al pianista, con la vana esperanza de que olvidemos cómo desafinan. Ramon Tremosa se lo espetó tan alegremente a Josep Cuní, el otro día: que si hubieran hecho el debate en domingo, que si la gente se va de paseo los viernes... Tuvo que recordarle Cuní que las entrevistas a los candidatos habían pinchado en todos los *shares*, no porque las pasaran a mala hora televisiva, sino porque los políticos aburren más que las piedras. Y más allá de Tremosa, los socialistas y el resto del tripartito (más *partito* que nunca) también han enviado a sus comisarios a quejarse del periodismo, incapaces de vislumbrar los agujeros negros que contienen sus mensajes. Ya pueden ponerse como quieran, disparar al pianista, matar al mensajero, escupir al cielo, que su problema no habita en la pérfida prensa, sino en el descrédito cósmico que han acumulado. Me dicen que Duran Lleida me riñó en un mitin, por aquello de que no todos son iguales, y tiene razón. No todos chapotean en el barro, ni todos esconden miserias bajo la alfombra, ni todos se ríen de sus promesas, ni todos repiten consignas como si fueran cacofonías. Pero la marea negra es tan fuerte que, ¡ay!, a todos contamina. Sólo cabe pedir dos cosas: que ningún conseller de la izquierda verdadera encargue, con dinero público, ningún estudio para saber por qué no lo aman; y que se pongan ante el espejo de Dorian Gray, y, lejos de romper el espejo, miren en él su reflejo. ¿Existirá la palabra *autocrítica* en el diccionario político?

En línea con esa dificultad lingüística, las elecciones han repetido el manoseado

ritual del éxito total. Nadie pierde nada, aunque los votos perdidos se cuenten por millares. Y todos ganan todo, aunque los votos ganados aún no permitan tocar las campanas. Veamos, pues, los sonoros éxitos de estos grandes jugadores, que siempre ganan incluso cuando están en bancarrota. Gana el partido de Rosa Díez, y es cierto que gana. Sin embargo, ¿gana bien? Cuando un partido que quiere representar a los ciudadanos presenta una cabeza enorme, bien situada en el centro mesetario, pero pincha en las periferias más significativas, y en Catalunya, por ejemplo, se sitúa por detrás de los antisistema y de



ASTROMUJOFF

los antitaurinos, más que un buen cuerpo político, parece un monstruo. Dice que gana Puigercós con su Esquerra, por aquello del “objetivo conseguido”. Es decir, que perder miles de votos en todas las urnas del país, y salvar por la mínima al eurodiputado gracias al aguante de los vascos de Aralar, es, en versión republicana, todo un éxito político. Pues ¿qué será un fracaso, para estos extraordinarios cómicos? En la misma línea, ganan los de IU-ICV porque aguantan, a pesar de los miles de votos perdidos. Lo cual nos recuerda que para la demagogia populista de izquier-

das, no hacen falta demasiadas alforjas. Muy al contrario, mejor ir ligeros. En este caso, una salvedad. Quizás el tipo que más mérito tiene es el candidato Raül Romeva, porque aguantar electoralmente a pesar de los desaguisados de Joan Saura ha sido una obra titánica. De cualquier forma, tres opciones políticas distintas, con desigual resultado, pero igualmente necesitadas de una urgente visita al psicoanalista. En el primer caso, porque el éxito presenta síntomas de enfermedad evidente. En los otros dos, sencillamente porque han sido derrotados.

¿Y los grandes? Los grandes a sus cosas, que todos tienen motivos para mostrarse contentos y, a la vez, preocupados. El PSOE asegura que ha aguantado el tipo, y es cierto. Sin embargo, debería considerar estos resultados de alto riesgo: primera derrota de Zapatero (desaparecido en combate); desbandada de votos en Catalunya, clave en su anterior éxito electoral; censura global de su campaña electoral, y, finalmente, una persistente caída de credibilidad como gestor económico. Por mucho que se desgañiten considerando que han perdido poco, han perdido. Y en política, perder es perder. CiU es, quizás, el partido más claramente vencedor, porque ha ganado de manera sostenible, en todo el territorio. Pero verse ya en la Generalitat sólo por arañar votos en Europa es como reproducir, en versión *llemosí*, el cuento de la lechera. Y finalmente, el PP, cuyo éxito indiscutible afianza a Mariano Rajoy, desactiva las fieras interiores y compacta a su electorado.

Sin embargo, ¿es todo tan bonito? Porque al PP le pasa como a Rosa Díez, que pincha hueso en Catalunya, incluso presentando a su mirlo blanco. Lo cual nos lleva a una vieja pregunta: ¿puede permitirse Rajoy ganar sin Catalunya? O, peor, ¿ganar contra Catalunya?

Para acabar, una famosa frase de Kennedy, dedicada a la noche electoral: “La victoria tiene un centenar de padres, pero la derrota es huérfana”. Y los políticos tienen todos una enorme vocación paterna.●

www.pillarrahola.com

Baltasar Porcel



La era de la transgresión

Verdaguer, como todos los grandes, fulminó a su universo. Recreándose en la turgencia física de la marquesa de Comillas, imaginaba la viscosa presencia de la más perversa serpiente bíblica. Un delirio humano, una irreverencia social y religiosa, un genio literario, una calentura sexual, los enteros Freud y Adler. Toda Viena no llegó a tanto. Pero hemos preferido jugar la carta del entonces coherente y lerdito obispo de Vic, de la Mancomunitat con Prat de la Ribera y la emperifollada corrección formal noucentista.

Y metemos ahí cerca a una Rodoreda en damita víctima del fascismo o ni eso, cual otra morigerada visita de domingo por la tarde, a la que vamos agregando a M.A. Anglada, pero puesta igual en compungido tóxico, al que adherimos el holocausto, creyéndola más correcta así, pero que la despersonaliza. Esa necesidad de obligarnos a adorar “santos de guixo de no cago ni pixo”, anatemizando disidencias... A la vez que respetamos los fastos del dudoso aristócrata Pérez, de la modesta Mancomunitat de Catalunya y de tanto hinchado aparato y personaje

Con Verdaguer capado, ¿qué nos importa un Estatut más o menos cepillado?

de su época. Ahora, llorando el Estatut mientras votamos a Zapatero, contra el que nada tengo. Pero con un Verdaguer capado y refilologado..., ¿qué nos importa un Estatut más o menos cepillado? Como mínimo a mí y a la literatura universal, no a envanecidas provincias académicas, aunque respetables. Como san Luis Gonzaga; yo fui congregante mariano. Verdaguer, no. Pero los grandes Gonzaga fueron los duques que pintó Mantegna, otro genio. Espriu, que se imaginaba excepcional, creía que el destino mejor para los demás consistía en alumbrar una velita y participar en una procesión de vecindario cuatribarrado por la calle única de Sibera, en efecto una retórica ronda de muerte. Que en Verdaguer es conciliábulo de demonios reales, como los pantanos de Poe.

Todo se paga. Pero repito: con Verdaguer capado, ¿qué nos importa un Estatut más o menos cepillado? Supongo que mi novela *Les pomes d'or* (de 1980 y reeditada ahora) fue el primer lugar donde asoma el Verdaguer satanizado: yo vivía cerca de donde murió ahí tirado, y lo había leído sin prejuicios como a Faulkner, Saul Bellow o Tolstoi. Bien, me tacharon de incorrecto alucinado, como si el gran poeta y el doliente ser humano no hubieran existido, aunque que se prodiguen ediciones de sus obras completas. Y que bien están aunque sólo las vean de nuevo quienes desean mantener la pacata ortodoxia. Esa Catalunya temerosa, que se viste con el roquete de la bondad ultrajada, mientras Verdaguer es decisivo, un poderoso bárbaro pagano cuando se desborda, como entienden sus –en el plano convencional– justificados enemigos: no dio ni quiso cuartel. Leer a Verdaguer como solemos equivale a reducir a Pla a las gracias del tontito señor Puget, a Ramon Llull al galimatías teológico.●

DEBATE. Coste de las redes sociales / Jordi Torres

Computación en verde

Ya no nos podemos imaginar un mundo sin sus redes sociales en internet, hasta tal punto que hoy en día cualquiera que se precie debe tener su sitio en Facebook. Prueba de ello es que en abril Facebook confirmó que tenía más de 200 millones de usuarios. Pero no es gratis, aunque nos lo parezca. Para mantener esta red social, Facebook requiere de un ejército de servidores que suponen una factura mensual de electricidad de alrededor de un millón de dólares. Quizás no les parecerá mucho, pero añadan a ello los centenares de servicios que tenemos disponibles en internet y todas las aplicaciones informáticas que hoy requieren las empresas. Esto nos lleva a que el ejército de ordenadores es de

muchos millones, alojados en miles y miles de centros de proceso de datos.

Algunos de estos centros ocupan superficies equivalentes a cuatro veces el campo del Barça y consumen la electricidad que requieren los hogares de un barrio medio de una gran ciudad como Barcelona. Y este gran consumo energético de los centros de proceso de datos implica importantes emisiones de CO₂ que ya han hecho saltar las alarmas de organismos como la ONU sobre la contribución de las tecnologías de la información y comunicaciones (TIC) al cambio climático. Se estima que el consumo energético del sector de las TIC es el responsable de generar el 2% de las emisiones de CO₂. Para hacerse una idea, el equivalente a la contaminación que causa el tráfico aéreo mundial.

Y el problema se agravará si tenemos en cuenta que el consumo energético glo-

bal de las TIC está creciendo día a día, duplicándose en los últimos cinco años. Es decir, hace falta de manera urgente que las TIC hagan un cambio de tendencia para consumir y contaminar menos.

La buena noticia es que hay muchísimo margen para mejorar y reducir el consumo energético de las TIC si invertimos en investigación e innovación. Soy optimista. Tanto los centros de investigación como las empresas ya han emprendido un camino de no retorno en la incorporación de estos temas en sus agendas de trabajo, es lo que se conoce como *green computing*.

Pero todos debemos tomar conciencia de ello y estar dispuestos a que se destinen recursos. El *green computing* es un reto oculto para la mayoría de los usuarios de internet, pero esta noche, cuando se conecte a Facebook, recuerde lo que hay detrás de su red social. Lo verá diferente.●